

Psicomotricidad y reforma en la escuela infantil

*Pilar Arnaiz Sánchez
M^a del Mar García Mira*

Resumen

La finalidad del presente trabajo es poner de manifiesto la necesidad de que la Educación Psicomotriz esté presente en la educación del niño de 0 a 6 años. La causa de esta convicción reside en la manera original de aprender y desarrollarse que tiene el niño a estas edades, la cual es considerada por la práctica psicomotriz y recogida en los principios y planteamientos básicos de la Reforma Educativa de la Educación Infantil.

Para reflexionar sobre estos puntos, estableceremos tres apartados. En el primero, justificaremos la necesidad de la Práctica Psicomotriz en la Escuela Infantil, analizando el desarrollo motor-cognitivo y psico-afectivo de 0 a 6 años; en el segundo, buscaremos los puntos de conexión entre la Reforma de la Educación Infantil y la Práctica Psicomotriz; en el tercero, expondremos un modelo de práctica psicomotriz coherente con estas consideraciones.

Descriptores: Práctica Psicomotriz, Educación Infantil, Aprendizaje Global, Placer de Aprender, Metodología Basada en el Juego.

Psychomotivity and Educational Reform in the Infant School

Abstract

The aim of this paper is to show that Psychomotor Education needs to be present in the education of children from 0 to 6 years old. This need is based on the original way of learning and developing that manifest children at that ages, which is taken into account in Psychomotor Practice and it is present in the basic principles and proposals of the Infant School Reform.

We present our reflections about this subject in three parts. In first place, we justify the need of Psychomotor Practice to be present in the Infant School, analyzing the psycho-

affective and motor-cognitive development of children from 0 to 6 years old. In second place, we explore the relationships between the Infant School Reform and Psychomotor Practice. Finally, we propose a model of Psychomotor Practice which take into account the previous reflections.

Keywords: Psychomotor practice, Infant education, Global learning, Joy of learning, Play-based teaching methodology.

Necesidad de la práctica psicomotriz educativa en la escuela infantil

Si en la personalidad del niño hasta los 6 años se encuentran perfectamente imbricados e interrelacionados los aspectos motores, cognitivos y afectivos, encontramos en la educación psicomotriz un elemento esencial para el desarrollo del niño. La causa de esta unión reside en que esta práctica, al considerar los aspectos indicados, y basarse en principios de la Psicología del desarrollo inspirados en Wallon (1976, 1978), Piaget (1975, 1976) y el Psicoanálisis, crea un modelo de intervención que favorece la maduración y la evolución del niño, respeta la globalidad en la que se desarrolla a estas edades, y facilita el acceso los aprendizajes instrumentales.

Así y haciendo un análisis del desarrollo evolutivo de estos aspectos a través de los autores mencionados, trataremos de dar justificación a estas afirmaciones. Para ello, dividiremos los aspectos evolutivos del niño en dos grandes etapas: de 0 a 3 y de 3 a 6 años.

Desarrollo motor-cognitivo y psicoafectivo

Pero retomemos la cuestión, ¿por qué es importante la educación psicomotriz en el currículo de la Escuela Infantil?

La característica fundamental del sujeto en el período de los 0 a los 3 años radica en su actividad investigadora y exploradora del mundo de los objetos, la cual se acrecienta cuando empieza a caminar. Este hecho nos permite constatar la íntima relación existente entre lo motriz y lo cognitivo a estas edades, unido a que siempre hay una atracción afectiva, una motivación externa que determina el interés del niño a la hora de dirigirse hacia los objetos.

La maduración neurofisiológica posibilita, desde un punto de vista *motor*, adquisiciones tan importantes en esta primera etapa como son: la marcha, la imitación y la representación. A través de la conquista progresiva de la marcha el niño se independiza cada vez más de los objetos o de la acción sobre ellos. Su interés por la posición y desplazamientos de los objetos entre sí, hace que coloque unos dentro de otros, los rote, invierta, vacíe, agite, o desplace, poniendo en funcionamiento la asociación mano-

ojo, ejercitando sus ojos al volverlos a encontrar, y captando sus ruidos y sonidos. A través de estas actividades, el niño va adquiriendo la coordinación entre la visión y el movimiento de prehensión que constituirá la coordinación visomanual. Asimismo, esta conducta está ligada al desarrollo de la motricidad ocular y de la prensión y tiene un papel preponderante en todas las actividades de pre-lectura y pre-escritura con las que el niño se enfrenta antes de iniciar el aprendizaje de las materias instrumentales propiamente dichas.

Mediante la manipulación de los objetos y la exploración del espacio se desarrolla en el niño la inteligencia práctica. Esta provoca una extraordinaria maduración en la consecución de la actividad postural, que hace posible la adquisición de la imitación y la representación. Un niño que no haga dichas adquisiciones no accederá en la etapa siguiente, por ejemplo, a la lecto-escritura o encontrará dificultades para ello. O lo que es lo mismo, si un niño no imita, no puede llegar a representar y si no representa, difícilmente accederá a los aprendizajes instrumentales. Muchas veces, los problemas de aprendizaje que manifiestan los niños tienen su origen en esta dificultad.

Desde el punto de vista *psicoafectivo*, queremos centrar nuestra atención en el avance espectacular que se produce en este ámbito como consecuencia de la evolución del lenguaje. El dominio del «no» aparece durante el transcurso del segundo año de vida, permitiendo que el niño llegue a una completa distinción entre sí mismo y los demás. El niño se encuentra, pues, en el estadio del reconocimiento de sí mismo y en consecuencia puede entrar en el campo de las relaciones sociales. Se trata de un período en el que el niño va tomando seguridad en sí mismo y lo hace a fuerza de oponerse a los demás. A todo es un «no» en un intento de adquirir su propia identidad, cayendo en un estado de negativismo y oposición que es de suma importancia para su desarrollo, ya que se trata de la primera adquisición conceptual puramente abstracta. Previo a la aparición verbal del «no», existe una serie de gesticulaciones que se manifiestan a través de una completa actividad motriz. Se puede afirmar que en el plano de la comunicación, existe una continuidad entre el conjunto de la expresión corporal y gestual, y lo que ha de ser el lenguaje.

Durante este segundo año, el niño empieza a gozar con la compañía de los de su edad y a interactuar con adultos que no pertenecen a su familia inmediata. Todo esto le provoca la sensación de poder e independencia.

Cuando los niños son ya capaces de ir por todos lados y expresarse verbalmente, se enfrentan por primera vez al hecho de que a veces deben subordinarse; sus padres ya no complacen todos sus caprichos y al empezar a jugar con otros niños, no siempre pueden hacer lo que quieren. Son las primeras fuentes de frustración, propias de las primeras experiencias de *socialización* y, por lo tanto, de superación del egocen-

trismo. Para que se lleve a cabo el proceso de socialización es necesario que acontezca el proceso de *identificación*, que en un primer momento (2 años) se hace con la figura materna, independientemente del sexo del niño y, en un segundo momento (4 años), se hace con la figura parental de igual sexo.

A partir de los 2 años, el niño inicia una nueva andadura en su desarrollo psicológico con unas bases organizadoras de su propio funcionamiento psíquico. Aquí conviene señalar la aparición de procesos de *crisis* o *represiones* con manifestaciones sintomáticas, que tienen que ver con una forma propia de expresión en un momento madurativo o evolutivo y en el seno de su familia. Las crisis forman parte del proceso de desarrollo y de alguna manera suponen una nueva reorganización tras la superación de la crisis. Esto no implica que haya que ignorar el síntoma, pues, por el contrario, el niño debe ser escuchado y atendido. Muy posiblemente, la sesión de psicomotricidad sea el lugar más idóneo a esta edad para estas manifestaciones, ya que el niño con el síntoma nos está diciendo algo que no sabe expresar todavía mediante el lenguaje. Estos síntomas pueden ser de: irritabilidad, agresividad, dificultades con la alimentación, sueño, apatía, etc... En definitiva, son manifestaciones conductuales observables, que tienen sus correlatos en estados afectivos y emocionales latentes: celos, baja autoestima, inseguridad, etc...

De los 3 a los 6 años, y desde un punto de vista *cognitivo*, este período se caracteriza por la aparición de conductas tales como la función simbólica y la representación cognoscitiva. Dichas conductas posibilitan la aparición de la imitación, el juego simbólico, el lenguaje, la representación gráfica, etc., todos ellos necesarios para el acceso a los aprendizajes instrumentales y la maduración afectiva.

El juego simbólico es una dimensión de la función simbólica esencial en la evolución del niño, que aparece como consecuencia de la función simbólica. Tiene su origen en la situación social en la que se encuentra inmerso el niño y señala el apogeo del juego infantil, ya que llena plenamente su vida. En este momento evolutivo y respecto al mundo que le rodea, el niño se ve sometido a una serie de exigencias, intereses y reglas de las que se siente ajeno. Es un mundo que comprende mal y en el que no se encuentra satisfecho ni de manera afectiva, ni intelectual. En definitiva, es el mundo de los mayores y él es pequeño. Es esencial en este momento del desarrollo, que el niño disponga de un campo de acción en el que no sea la adaptación a lo real, sino por el contrario, la asimilación de lo real a su yo, lo que le permita restablecer el equilibrio afectivo e intelectual sin coacciones ni sanciones. El juego simbólico adopta, a partir de este momento, una destacada importancia en la evolución de su afectividad. Al encontrarse en una etapa muy vulnerable de su desarrollo, en la que ha de obedecer órdenes que no comprende, en la que su espontaneidad se ve sometida a las normas sociales, en donde tiene que aceptar el lenguaje que para él no tiene una

significación aparente, el juego simbólico es un medio fundamental para que el niño pueda modelar la realidad a través de sus propias exigencias. Inmerso en él puede solucionar situaciones conflictivas de la vida real, de tal manera que resulta ganador y puede superar así los sentimientos de frustración, que en él producen las personas que le rodean. Así, el juego simbólico se convierte en un medio insustituible para recuperar la estabilidad emocional y para el ajuste a la realidad.

El lenguaje constituye otro aspecto de la función simbólica, que viene determinado por la utilización de palabras. De esta manera, la aparición de la función simbólica propicia la utilización de palabras de forma simbólica, que el niño empieza a utilizar gradualmente y que representan para él cosas o acontecimientos ausentes. El lenguaje en este período también posibilita introducir en el pensamiento relaciones espaciotemporales más amplias, que alejan al niño de la pura acción inmediata, como sucedía en la etapa anterior.

El dibujo es otro medio de simbolización que permite la representación de la figura humana, pudiéndose comprobar a través de un análisis de la misma, el nivel de conocimiento e interiorización que el niño tiene de su cuerpo, y seguir su evolución (Arnaiz y Lozano, 1993).

La otra conducta que aparece en este período, aparte de la función simbólica, es la representación cognoscitiva. En estas edades se caracteriza por ser una representación mental a base de imágenes reproductoras, que evoca espectáculos ya conocidos y percibidos anteriormente. Sin embargo, no debemos olvidar que a estas edades son imágenes formadas exclusivamente por configuraciones estáticas, determinando que el niño de este nivel pueda imitar gestos con su propio cuerpo en presencia del modelo, pero tenga dificultad para reproducir gestos simples con su cuerpo que impliquen, por ejemplo, cambios de posición. Si a esta característica de la representación cognoscitiva le unimos el «egocentrismo» que ordena la actividad psíquica del niño en este período, tenemos como resultado su incapacidad para proyectar relaciones espaciales y para aceptar el punto de vista de los demás.

Estas características del pensamiento del niño se correlacionan con las siguientes en el desarrollo psicomotor:

a) Debido al carácter de centración del pensamiento, el niño dirige toda su atención hacia su propio cuerpo y las relaciones que establece entre los objetos, están siempre referidas a él mismo. Por ello, a esta edad está justificado que la «mano izquierda» y la «mano derecha» se enseñen como nociones del propio cuerpo y no como relaciones que aparecen cruzadas.

b) Este egocentrismo hace que el sujeto no pueda proyectar la perspectiva o tener en cuenta su punto de vista y el de los demás. El niño tardará todavía algún

tiempo para entender que la mano derecha de una persona enfrente de él, se halla a su izquierda.

c) En el niño de este nivel se observa una cierta movilidad en las coordinaciones motrices y esta movilidad creciente explica en buena medida el progreso hacia la abstracción del orden. Así, en sus representaciones gráficas es corriente observar un cierto orden parcial entre los elementos que tienen una vecindad: ojos (uno enfrente de otro), piernas, etc.; sin embargo, no hay coordinación entre ellos.

d) Hacia los 6-7 años, aparece ya la reproducción de la relación de orden considerando las vecindades relativas. Este momento es de gran importancia en el desarrollo psicomotor dada su incidencia directa en la orientación espacial del sujeto.

Nos detendremos, brevemente, con manifiesto interés, para resaltar la fuerte significación que tiene la orientación espacial en relación con la práctica psicomotriz y con la adquisición de los aprendizajes instrumentales.

Desde el punto de vista *psicomotor*, en esta etapa (3-6 años) se desarrolla en el niño la lateralidad, consistente en el conocimiento de la topología del cuerpo en cuanto al lado derecho –lado izquierdo hacia el final de los 5 años, principio de los 6. La adquisición de estas nociones hace posible la orientación del cuerpo en el espacio ambiente. Por medio de él, el sujeto tenderá a orientar los objetos y a las demás personas con respecto a su propio cuerpo, de tal forma que puede discriminar su derecha y su izquierda. Ahora bien, como ya dijimos anteriormente el niño fracasa en su intento de proyectar la derecha-izquierda de la persona situada enfrente, al no poseer todavía la reversibilidad de pensamiento (7-8años).

El lenguaje permite en este período una perspectiva más amplia en relación al espacio y al tiempo, a pesar de estar sometido aún al objeto concreto. En definitiva, durante esta etapa, el niño tiene en cuenta su cuerpo y los elementos del mismo para orientarse en el espacio de los objetos. Las coordenadas de referencia serán, pues, para él: arriba-abajo, delante-detrás y derecha-izquierda.

Desde el punto de vista de los aprendizajes instrumentales –lectura, escritura y cálculo–, estas adquisiciones psicomotoras –organización espacial, temporal y lenguaje– constituirán la base de la adquisición de la madurez lectora. Para encontrar los puntos en común de la práctica psicomotriz educativa y la madurez lectora es necesario recordar que en la primera etapa (0-3 años) del desarrollo, el tiempo y el espacio se dan solamente como esquemas de acción, que se constituyen en estructuras de pensamiento cuando aparece el lenguaje. En la segunda (3-6 años), se transforman en esquemas de representación y abstracción que posibilitan la adquisición de la madurez lectora. Cuando un niño no la alcanza, es porque su aptitud para la lectura se encuentra en un nivel inferior de evolución, pudiéndose señalar qué problemas le

están impidiendo evolucionar. Ante este hecho y por considerar que el nivel de madurez es un nivel de desarrollo dinámico que depende de las características flexibles del niño, de los métodos de enseñanza y de todas las influencias educativas del medio social, consideramos que la práctica psicomotriz es un medio óptimo para el desarrollo de las habilidades básicas que requiere el aprendizaje de la lecto-escritura.

La práctica psicomotriz educativa, al tener los objetivos de desarrollar en el niño la comunicación, la creación y el pensamiento operatorio, está directamente relacionada con los objetivos que se requieren para alcanzar la madurez lectora, favoreciendo que el niño consiga la descentración cognoscitiva y se libere del egocentrismo.

Una vez considerados estos aspectos y resaltada la importancia que tiene esta etapa para la adquisición de los aprendizajes escolares, consideramos que los contenidos de los programas escolares, en función de lo aquí explicado, deberían estar dirigidos a la búsqueda y desarrollo de los siguientes objetivos:

a) El fomento de la capacidad simbólica con el fin de que el niño llegue a establecer la correspondencia entre símbolos y sonidos (fonemas) y la transcripción de los mismos (grafemas), ya que constituyen la base de la lectura y la escritura.

b) La organización de las relaciones espaciales izquierda-derecha y arriba-abajo, para que el niño entienda que estos aprendizajes consisten en la percepción de unos fonemas (lectura) y en la transcripción de los mismos en grafemas (escritura) que cambian su dirección según la posición que tengan en el espacio, como por ejemplo: p-q-b-d.

c) La estructuración espacio-temporal basada en el reconocimiento de un conjunto de formas (las palabras) para que el niño sepa analizar ese conjunto descomponiéndolo y recomponiéndolo y guardando siempre las relaciones de vecindad, separación, orden,...(arriba-abajo, entre, derecha-izquierda, etc..) y contorno, al dar a la lecto-escritura un carácter de unidad y uniformidad.

d) La organización de las relaciones lógicas con vistas a las matemáticas.

Asimismo, todos estos contenidos son considerados y estudiados por la Psicomotricidad, por lo que son trabajados mediante la práctica psicomotriz, ya que la función simbólica, las relaciones espaciales, la estructuración espacio-temporal y las relaciones lógicas son conductas inherentes al desarrollo psicomotor del niño.

La reforma de la educación infantil y la práctica psicomotriz

Nos parece muy importante, destacar la implicación de la práctica psicomotriz en la Reforma Educativa, concretamente en la Educación Infantil, teniendo como telón

de fondo lo expresado en el apartado anterior. Pero podemos preguntarnos: ¿cuál es la coherencia de esta práctica con el Diseño Curricular Base?. Seguiremos para contestar esta pregunta el análisis que a este respecto realiza Arnaiz Sancho (1992).

El Diseño Curricular Base de Educación Infantil manifiesta: «a pesar de que sean importantes en todas las etapas, los aspectos relacionales y afectivos, toman un relieve especial en la Educación Infantil. Las características de los niños que acuden al Centro de Educación Infantil, hacen imprescindible que aquí encuentren un clima cálido y seguro...»

«En la Educación Infantil, la creación de un ambiente distendido y afectivo..., no sólo es un factor que contribuye al crecimiento personal, sino una condición necesaria para que se pueda producir.» Así se hará necesario plantear una metodología, unas estrategias,..., en definitiva: una «forma de estar» que garantice este sentimiento de seguridad y bienestar.

Y es en relación con ésta «forma de estar» «segurizadora» del niño, donde la práctica psicomotriz aporta, como no había hecho hasta ahora ninguna otra metodología, una sistematización de recursos y maneras de hacer, que pueden ser «fácilmente» usadas en la práctica educativa de cada día.

Podemos plantearnos, aún, una mayor concreción de la coherencia de la práctica psicomotriz, en relación a los objetivos educativos y contenidos de aprendizaje de los D.C.B. El número 1 de los objetivos generales del Área de Identidad y Autonomía dice: «Tener una imagen ajustada y positiva de uno mismo...». En esta misma área, en el bloque 1, puede leerse: «... configuración de la imagen de uno mismo...». Pues bien, el niño de esta edad tiene la particularidad de conquistar el mundo a través de su acción, de manera muy emotiva, eso constituye la originalidad de la relación del niño con su entorno –el espacio, los objetos, los otros–. El conjunto de estas acciones, o mejor dicho, la percepción que el niño tiene de sus acciones constituyen su propia imagen. El esquema corporal puede ser considerado como la intuición que tenemos de que se ha de movilizar nuestro cuerpo para realizar una acción concreta, por ejemplo un salto. Todos tenemos un esquema corporal muy parecido, pero cada uno tenemos una imagen del propio cuerpo bien distinta, porque esta es la configuración de las propias emociones vividas en nuestra relación con el entorno. Esta concepción, hecha propia también por la práctica psicomotriz, es la que da soporte a las estrategias propias de esta organización didáctica.

El número 3 de los objetivos generales del Área de Identidad y Autonomía dice: «Descubrir y utilizar las posibilidades motrices sensitivas y expresivas del propio cuerpo...». En la *práctica psicomotriz*, la sala es un campo de ensayo continuo, es en ella, donde se puede vivir el placer sensoriomotor en todas las posibilidades: saltar, arras-

trarse, subir muy alto, esconderse, jugar con telas, cojines y pelotas, esperar, descansar y descubrir. También se ensaya la manipulación racional de los objetos: desde las construcciones con cojines, hasta aquellas más precisas hechas con maderas.

Si seguimos comparando encontramos que el número 4 de los objetivos generales de esta misma área (Identidad y Autonomía), dice: «Darse cuenta de los propios sentimientos, emociones y necesidades, comunicarlos a los otros, así como darse y respetar los sentimientos, emociones y necesidades de los otros». En la *práctica psicomotriz*, el niño encuentra un conocimiento y reconocimiento de sus emociones en el adulto. En la verbalización que se hace después de la sesión, cada uno, por el hecho de explicar lo que más le ha gustado, toma consciencia, y la hace tomar a los otros, de lo que ha sentido.

En el área de la Comunicación y Representación y dentro de los objetivos generales el número 1, dice: «Utilizar las diversas formas de expresión –lenguaje oral y escrito, expresión plástica, dramática, corporal...– para evocar situaciones, acciones, deseos y sentimientos ya sean reales o imaginarios». En el número 9, se lee: «Interesarse y apreciar las producciones de los compañeros...», y en el 11: «Leer, interpretar y producir imágenes como forma de comunicación...». En la *práctica psicomotriz* se dispone de un espacio en el que se ofrecen diferentes materiales –pinturas, maderas, plastilina, arcilla– para que los niños reflejen en forma de producción plástica, aquello que acaban de vivir.

De todas maneras, lo que hasta ahora se ha señalado tiene que ver con la propuesta curricular base, que no es otra cosa que un marco común en el que se formulan un conjunto de propuestas. Pero cabrá concretar y justificar la coherencia de esta práctica con el Proyecto Educativo de Centro y la Propuesta Curricular de Base de cada centro, que son los niveles de concreción en los que se deben contextualizarse los objetivos y metodologías, con tal de garantizar una adecuada cohesión de la planificación con las necesidades educativas de cada comunidad. Tarea que hará cada centro.

Concepción de la práctica psicomotriz educativa

Queremos acabar este trabajo presentando el modelo de la práctica psicomotriz del profesor Bernard Aucouturier (1985), ya que una vez realizadas las anteriores reflexiones, nos parece que es uno de los que mejor responde a las características evolutivas y a la forma de aprender de los niños hasta los 6 años, las cuales han sido recogidas en los principios que inspiran la Reforma Educativa en la Escuela Infantil. Inspirándose en él, cada educador debe hacerlo suyo, aportando sus propias peculiaridades y las de los niños.

La práctica psicomotriz educativa se centra en el análisis que realiza sobre la expresividad motriz, el cual nos permite conocer la manera original que tiene cada niño de estar en el mundo, de relacionarse con el espacio, los objetos y las personas. Los índices expresados a través de dicha expresividad guardan, asimismo, una relación íntima con la historia afectiva vivida por el niño en su evolución.

De esta manera y una vez realizado dicho análisis, la práctica psicomotriz establece su intervención que respeta la globalidad y la originalidad del niño, y actúa sobre su competencia motriz, afectiva y cognitiva. Esta intervención es acorde a la evolución del niño, en la que, desde el punto de vista de la práctica psicomotriz, se constatan dos etapas fundamentales, comprendidas desde el nacimiento hasta los 7-8 años:

a) De los 10 meses a 1 año y medio, en la que la característica fundamental es la adquisición de la noción de imagen. Dicha imagen es la que el niño reconoce ante el espejo y testimonia la buena relación que ha vivido con su madre. Del reconocimiento de la imagen en el espejo dependen las capacidades futuras de representar y, por tanto, de acceder a la función simbólica, al lenguaje, a las operaciones intelectuales, a la socialización y a la cultura.

b) Y la etapa de la descentración, que va desde el año y medio hasta los 7-8 años. Este período se caracteriza por la necesidad de la actividad para expresar; el niño necesita tocar e implicarse en las acciones para tomar conciencia de propio cuerpo, del mundo de los objetos y del mundo de los demás, es decir, para captar el mundo que le rodea. A partir de esta edad se convertirá en un ser independiente, accediendo al pensamiento operatorio.

Los objetivos de esta práctica van dirigidos a desarrollar en el niño:

* La Comunicación, ya que los niños que comunican evolucionan fácilmente, a nivel afectivo interactúan con el adulto, con los otros niños y se convierten en seres creadores en su afán de relacionarse y ser reconocidos por los otros.

La organización cognitiva en el niño de 0 a 6 años no es posible si no hay una maduración afectiva adecuada. La práctica psicomotriz favorece la maduración, posibilitando la apertura afectiva. Cuando el niño presenta a través de su expresividad motriz conductas tales como la agresión, la seducción y la provocación nos indica que no está inscrito en un registro de comunicación, sino que utiliza estas premisas de la misma como una manifestación de su deseo de entrar en comunicación con los otros niños o con el adulto. La intervención desde la práctica psicomotriz debe centrarse en aceptar estas conductas y transformarlas en actos comunicativos.

* La Creación. El niño, espontáneamente, no es creativo. La misión del educador en la sesión es suscitar y desarrollar la creatividad mediante el juego, al ser éste la forma de expresión más deseada por el niño. Así, en el juego del niño debemos considerar dos aspectos:

- a) La imitación que realiza de la realidad como fruto del aprendizaje.
- b) Su contribución personal, en cuanto que pone de manifiesto lo que sabe, cómo lo sabe y cómo lo vive emocionalmente.

En la medida en que el juego del niño se diferencia de la realidad, es signo y expresión de una vivencia y de un conocimiento personal, puede hablarse de creatividad.

* La Formación del Pensamiento Operatorio. Dicho proceso se articula en torno a dos funciones básicas:

- a) La adquisición de la reversibilidad, que está determinada por la adquisición de la capacidad de descentración que permite al niño ponerse en el lugar del otro. En la base de la reversibilidad está la comunicación, la cual supone la escucha del otro.
- b) El análisis y la síntesis: el niño llega a estos procesos mediante la manipulación emocional que hace de los objetos en el juego simbólico. El niño descompone el objeto analizando todos los parámetros que lo componen para poder reconstruirlo de nuevo. La capacidad de análisis y síntesis se favorece a través del juego simbólico, que es indispensable para la adquisición de nociones tales como la conservación, el análisis de objetos y la seriación.

El dispositivo que se propone en la sesión de psicomotricidad posibilita un itinerario educativo de maduración global producido por la utilización de los distintos lugares que existen en ella y que el niño elige espontáneamente. Estos son el espacio del placer sensoriomotor, el espacio del juego simbólico y el espacio de la distanciación. Estos lugares proporcionan situaciones en las que el niño vive emocionalmente el espacio, los objetos, el tiempo, los otros, ..., llegando a adquirir e integrar la realidad espacio-temporal básica para la posterior adquisición de los aprendizajes instrumentales.

El espacio escolar de la práctica psicomotriz debe constituir un tiempo privilegiado en el horario del niño, ya que en las sesiones suceden cosas muy importantes para él que le hacen evolucionar. Es un lugar en el que sus problemas o dificultades son escuchadas, en donde puede manifestarse como es, sin ser rechazado. De esta mane-

ra, la sala de psicomotricidad a la que los niños asisten, al menos una vez por semana, adquiere un significado especial para ellos al convertirse en lugar del placer sensorio-motor en donde el niño puede, saltar, rodar, deslizarse, balancearse, lanzarse, subir escaleras, correr, gritar, cantar, tocar el tambor o la trompeta, jugar con cuerdas, construir con cojines, disfrazarse, maquillarse, atacar, observar, reposar, descubrir... Lugar de expresión motriz, ya que en la sala, el niño va a ser escuchado y reconocido en todas sus producciones. Así, en este lugar nos confía su vida personal más profunda, más conflictiva pero, también, la más creativa. O lugar de deseo para el niño. La asistencia a la sesión de práctica psicomotriz es para el niño un motivo de alegría. El niño imagina este lugar, proyecta en él sus imágenes, sus acciones, sus creaciones y lo más importante: imagina su placer antes de vivirlo y éste es fundamental en la dinámica de la evolución.

El material en la sala de psicomotricidad, es un soporte muy importante para dar sentido y poder responder a las proyecciones del niño. Existe un material fijo (espalderas, bancos, pizarra, espejos) y otro móvil (cubos de goma espuma, aros, cuerdas, muñecos de peluche, colchonetas, utensilios de cocina, instrumentos musicales, etc...) muy abundante, que se va dando poco a poco al niño según el desarrollo de la sesión. Puede ser pedido por el niño o propuesto por el educador en función de las necesidades de los niños.

La finalidad fundamental del material, es hacer acceder al niño al placer sensoriomotor, al juego simbólico y a la capacidad de descentración con los juegos de construcciones.

* Espacio del placer sensoriomotor.

La creación de este espacio está pensada en función de dos objetivos fundamentales:

- a) Vivenciar el placer del movimiento a través de una actividad motriz espontánea.
- b) Formación de la imagen corporal y de la identidad.

El placer psicomotor constituye en el niño una de sus principales fuentes de evolución. Las actividades motrices pueden ser clasificadas en dos categorías:

- a) Actividades motrices centradas sobre sí mismo: balanceos, movimientos giratorios y caídas.

b) Actividades motrices centradas sobre el exterior: carrera, salto de profundidad, equilibrio y trepar.

* El espacio afectivo

Este espacio es denominado también espacio del juego simbólico, puesto que es el lugar privilegiado de la sala de psicomotricidad, donde el niño mediante el juego nos manifiesta la expresión de su yo más profundo, el cual es aceptado y comprendido.

En este espacio el niño puede vivir una serie de roles que le ayudan a superar el sistema de normas y de conflictos que le impone el adulto.

En el juego simbólico, las representaciones mentales hacen referencia a todo lo que el niño ha vivido pero no ha podido expresar.

En este juego los niños viven escenas familiares en las que se identifican con sus padres. A través de estas escenas se ve cual es el lugar que el niño ocupa en su familia y cual es su demanda: el niño quiere ser padre, madre, bebé. Cuando interpreta cada uno de estos personajes se identifica con ellos para medir el rol que le destruye.

El lenguaje es utilizado en el espacio afectivo a dos niveles: simbólico y real. El rol del psicomotricista en cuanto al lenguaje es emplearlo siempre a nivel de la realidad, lo cual permite que el niño tome cada vez más conciencia de ella y pueda completar su evolución. Asimismo, el lenguaje favorece la toma de distancia con el niño, permitiéndole descentrarse y acceder al mundo de lo cognitivo. Los objetos utilizados en el espacio afectivo facilitan el juego simbólico y son: cojines, telas, muñecas, pañuelos, palos, aros, cuerdas, ...

* El espacio de la distanciación.

En este lugar, el niño realiza actividades encaminadas a la toma de distancia de sus vivencias emocionales, es decir, supone un alejamiento del juego simbólico y un acercamiento a la realidad.

A través de este espacio se facilita la descentración afectiva a lo que contribuye el material que se utiliza: maderas de distintas formas y tamaños con las que se realizan construcciones sobre una alfombra. Este espacio favorece el acceso al pensamiento operativo, en la medida en que el niño se queda en el exterior de la construcción y es capaz de observarla y hablar sobre ella según sus parámetros cognitivos. Con estas construcciones el niño experimenta con el equilibrio, las hace grandes, pequeñas, altas, bajas, simétricas, las mide, etc... También se utilizan pinturas, arcilla, plastilina, etc...

Finalmente, y a modo de conclusión, queremos indicar que la educación psicomotriz es fundamental en la educación infantil, puesto que a través de ella se consigue favorecer el desarrollo global del niño a partir de la acción y del juego, permite la elaboración y estructuración de su pensamiento y el desarrollo armónico de su personalidad.

Asimismo, ofrece la posibilidad de trabajar objetivos tales como comunicación, creación y acceso al pensamiento operatorio. Ello lo realiza estableciendo un itinerario educativo de maduración, que permite al niño vivir emocionalmente el espacio y el tiempo, e inscribirlos después en niveles representativos, que proporcionan un nivel adecuado en la adquisición de la estructuración espacio-temporal, y, por tanto, en la consecución de los aprendizajes instrumentales.

Si en el niño de 0 a 6 años su modo de aprender es a través del cuerpo, la psicomotricidad debe estar englobada dentro del marco educativo, brindando un espacio y un medio privilegiado donde el niño experimente, simbolice, construya,...., todo lo cual irá configurando poco a poco su personalidad.

Haciendo este trabajo en la Escuela Infantil, se hace un trabajo preventivo que evita el posible fracaso escolar en cuanto a problemas afectivos, cognitivos y motrices, ya que la organización cognitiva del niño no es posible si no hay maduración afectiva y esta práctica supone una apertura a la afectividad. Mediante el juego simbólico, el niño es capaz de superar conflictos emocionales, alcanzando el equilibrio afectivo e intelectual.

No obstante, en la Escuela Infantil, podemos encontrar niños que, aún estando escolarizados en el sistema normal de enseñanza tienen dificultades o no acceden por diversas causas a los aprendizajes escolares. La práctica psicomotriz en su vertiente *reeducativa*, se convierte, entonces, en un medio de ayuda para estos niños, con el fin de superar los posibles trastornos.

Referencias

- Arnaiz Sánchez, P. & Lozano Martínez, J. (1993). Esquema corporal: evaluación en intervención psicomotriz. *Anales de Pedagogía*, 10, 220-239.
- Arnaiz Sancho, V. (1992). La reforma i la Practica Psicomotriu. *Pissarra, Abril-Maig*, 29-32.
- Aucouturier, B. y otros (1985). *La práctica psicomotriz. Reeducción y Terapia*. Madrid: Científico-Médica.
- M.E.C. (1992). *El Diseño Curricular Base en la Educación Infantil*. Madrid: MEC.
- Piaget, J. (1975). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Madrid: Aguilar.

- Piaget, J. (1976). *La construcción de lo real en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wallon, H. (1976). *Los orígenes del pensamiento en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión (2 Vol.).
- Wallon, H. (1978). *Del acto al pensamiento*. Buenos Aires: Psique.